

PILAR GARCÍA MOUTON

MOZÁRABE OREJA DE FRANCO = 'SIEMPREVIVA'

DE LA «REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA»

TOMO LXII - 1982

MADRID
GRÁFICAS CÓNDOR, S. A.
Sánchez Pacheco, 81
1982

MOZÁRABE OREJA DE FRANCO = 'SIEMPREVIVA'

El nombre mozárabe de la siempreviva (*Sempervivum* L.), *orilya de franco*, registrado por el botánico hispano-musulmán cuyo *Glosario* editó Asín Palacios, nos proporciona, a un mismo tiempo, la oportunidad de estudiar un tipo de formación de nombres de plantas y de explicar la traducción al árabe de un término de cierta complejidad en el castellano medieval. Escribe el botánico: «se llama *orilya de franco*, que quiere decir '*uḏn al-qissīs* ['oreja de sacerdote cristiano'], porque sus hojas son como una oreja de hombre»¹.

Es frecuente, para los nombres de plantas, encontrar denominaciones motivadas por comparación con una parte del cuerpo de un animal o del hombre. Formaciones de este tipo se dan en todas las lenguas y tienen una larga tradición². En el mismo *Glosario* que utilizamos, Asín señala que casi la mitad «son nombres comunes, simples o compuestos, tomados metafóricamente de la fauna doméstica peninsular (asno, puerco, perro, gato, buey, vaca, lobo, águila, gallo, buitre, tordo, etc.) o de las partes y miembros de los animales y del hombre (cabeza, cuello,

¹ M. ASÍN PALACIOS, *Glosario de voces romances registradas por un botánico anónimo hispano-musulmán (siglos XI y XII)*, Madrid-Granada, 1943, pág. 205.

² En griego *μουσωτίς* 'oreja de ratón', nombre del miosotis o raspilla. La *Alchemilla vulgaris* L. es *pie de león*, *peu de lleó* (cat.), *pé-de-leão* (port.); el *Taraxacum officinale* Web. es *diente de león*, *dent de lleó* (cat.), *dente-de-leão* (port.), *dent-de-lion* (fr.), *dente di leone* (it.), etc.

pelo, ojo, mano, oreja, uña, pie, dedo, lengua, cola, cuerno, etc.)»³. Es este segundo tipo el que nos ocupa ahora.

Generalmente, los ejemplos registrados establecen la comparación con la parte del cuerpo de un animal. Ésta surge de la estrecha relación que en la mente del hablante tienen fauna y flora, añadiéndose a ello la comodidad de la metáfora, que no sale del ámbito de las «cosas» familiares. Cabría plantearse hasta qué punto estamos ante creaciones populares espontáneas, y hasta dónde llega el proceso de adaptación de nombres cultos basados en metáforas⁴. El hecho es que la metáfora sigue en el nombre vulgar y el hablante la admite como designación habitual. En la actualidad, sólo las metáforas transparentes permanecen, y asistimos, como señala J. Séguy, «à une désaffection très nette pour ces périphrases ennemies de la mémoire, ou fatigantes par les sollicitations qu'elles imposent»⁵, desafecto ahondado por la separación cada vez mayor del hombre y la naturaleza. Los casos que hoy conservamos son restos de una etapa anterior en la que el hablante tendía a la animación de lo inanimado⁶.

P. Guiraud, en sus *Structures étymologiques du lexique français*⁷, dedica un apartado al estudio de estas formaciones, y llega a la conclusión de que la lengua establece con ellas una especie de clasificación sistemática de las plantas, paralela a la oficial. El nombre de la parte del cuerpo desempeña el papel de morfema significativo de clase, mientras que el nombre del animal constituye la variable específica de diferenciación. Desde el punto de vista semántico, se pueden señalar dos grandes grupos: el de plantas denominadas según su flor y el de plantas denominadas según sus hojas⁸.

En el caso que estudiamos, es el contorno de la hoja lo que ha motivado la metáfora⁹. *Oreja* se refiere siempre a la hoja de la planta,

³ ASÍN PALACIOS, *ob. cit.*, XL.

⁴ Rafael Alvarado destaca, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, que hay muy pocos nombres realmente vulgares y que abundan los «nombres vulgarizados, que no son otra cosa que formas castellanizadas, con mayor o menor acierto, de los nombres «sabios» o «científicos», *De Nomenclatura. Juxta praeceptum aut consensu biologorum. (Tecnicismos, cultismos, nombres científicos y vernáculos en el lenguaje biológico)*, Madrid, 1982, págs. 35 y 101-102.

⁵ J. SÉGUY, *Les noms populaires des plantes dans les Pyrénées Centrales*, Barcelona, C. S. I. C., 1953, pág. 273.

⁶ Vid. SÉGUY, *ibidem*, pág. 277.

⁷ Cap. VI, 1, *Taxinomies populaires (De la plante à l'animal)*, Paris, Larousse, 1967, págs. 155-171.

⁸ *Ibidem*, pág. 156.

⁹ SÉGUY, *ob. cit.*, pág. 293, señala cómo ésta es la característica «qui fournit les impulsions les plus fréquentes» y que actúa tanto en formaciones vulgares como en nombres cultos.

y, en general, se trata de una hoja con pelusa, lo que la diferencia de las *lenguas*, que designan hojas lisas¹⁰. En francés, las más frecuentes son *orejas de burro, de liebre y de ratón*, junto a algunos ejemplos de *oreja de cabra, de lobo, de buey*¹¹. En español, al lado de adaptaciones fonéticas ya vacías de significado como *miosotis*, encontramos *orejas de liebre, de ratón, de perro, de oso*¹². Por su parte, también el mozárabe llamaba *orocho belita* y *orechcha bellita* a la mandrágora y *orelya de lebre* al llantén, y, en el mismo *Glosario*, se recogen los ejemplos árabes *uḏn al-ṭawr* 'oreja de toro' para la buglosa, «así llamada por la abundancia de sus hojas», *uḏn al-gazál* 'oreja de gacela' para la hierba soldadora y *uḏn al-arnab* 'oreja de liebre' para el llantén¹³.

La segunda parte del compuesto también supone diferenciación de tamaño, ya que *orejas de liebre* suelen ser plantas de hoja alargada y menuda, como el llantén lanceolado, mientras que se llama *oreja de oso* a una planta de la familia de las primuláceas «con hojas poco elevadas sobre el suelo, grandes, ovales, casi redondas, carnosas y velludas por el envés»¹⁴.

Pero, junto a estas metáforas animalizadoras, surgen casos en los que la comparación se refiere al hombre. No es esto lo habitual y, aunque el ejemplo que nos ocupa aparece en otras lenguas, me inclino a pensar que se trata de una equiparación del tipo más general «parte del cuerpo de un animal» con «parte del cuerpo del hombre», en la que

¹⁰ Vid. GUIRAUD, *ob. cit.*, pág. 161, que llega incluso a formular una regla por la que *oreja de animal* significa «herbe médicinale ou potagère à feuilles larges et plates, allongées ou arrondies selon le cas, et le plus souvent duvetées». Cfr. MANUEL ALVAR, *Dialectología y cultura popular en las Islas Canarias*, apud «Litterae Hispaniae et Lusitanae», Munich, 1968, pág. 19.

¹¹ En el ALG, I (J. SÉGUY, *Atlas Linguistique et Ethnographique de la Gascogne*, Paris, CNRS, 1956), mapa 189, encontramos, para el llantén, *aurélho de lapin* 'de conejo', *de lèbe* 'de liebre', *de crabe* 'de cabra' y *de câ* 'de perro'. Para la misma planta, el AIS, III (K. JABERG y J. JUD, *Sprach- und Sachatlas Italiens und der Südschweiz*, Zofingen, 1928-40), mapa 633, da formaciones con liebre y burro.

¹² Vid. M. COLMEIRO, *Diccionario de los diversos nombres vulgares de muchas plantas*, Madrid, 1871, pág. 136, que incluye también los nombres brasileños *orelha de gato, de onça y de rato*. El DRAE (Real Academia Española, 19 edición, Madrid, 1970) sólo recoge *oreja de oso* y *oreja de ratón*. G. LÓPEZ DE GUEREÑU, en su *Botánica popular alavesa*, Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1975, pág. 19, da *oreja de asno* como uno de los nombres castellanos de la consuelda mayor. G. SALVADOR, en el *Vocabulario* de su estudio sobre *El habla de Cúllar-Baza*, Granada, 1958, pág. 32, explica *orejicas de liebre* como «planta herbácea cuyas hojas recuerdan las orejas de una liebre».

¹³ AsfN, *ob. cit.*, 393, 394, 242 y 314.

¹⁴ Vid. DRAE, s. v. *oreja de oso*. Esta diferencia de tamaño queda patente frente a las plantas denominadas *oreja de ratón* (*Myosotis palustris* L., *Hieracium pilosella* L., *Cerastium vulgatum* L.), todas ellas con hojas más pequeñas, como la vellosilla, elípticas y con pelos.

actúan factores muy concretos¹⁵. La personificación como proceso de nominación de plantas es productiva y proporciona ejemplos del tipo de *margarita*¹⁶, pero no son frecuentes *pies*, *lenguas*, *dientes*, etc., de hombre. El único caso que señala Guiraud es el de *oreille d'homme* para el ásaro¹⁷, que se traduce por *oreja de fraile*¹⁸.

Nuestro ejemplo mozárabe *orilya de franco* 'oreja de sacerdote cristiano' tiene hoy un paralelo en el nombre de la planta llamada *ombligo de Venus* u *oreja de monje* que es el *Cotyledon umbilicus-Veneris*. También en catalán se llama *orella de monjo*¹⁹ a la misma planta, cuyas hojas son carnosas, redondas y abultadas. Por tanto, esta denominación se podría encuadrar perfectamente entre las ya vistas de oreja de un mamífero grande.

Ahora bien, ¿por qué *oreja de monje* o *de fraile*? A la tendencia antropomórfica hay que unir la inclinación popular a crear nombres en los que subyace una burla, casi infantil, cuyo blanco es el clero. Séguy cree probable «qu'il s'agit là de dénominations de secours toutes gratuites, où se libère la tendance qu'on est convenu d'appeler 'esprit gaulois'», en las que no hay que buscar la menor imagen clara, sino una especie de malicia subconsciente bien conocida²⁰.

En catalán hallamos nombres como *dit de frare* (*Orobanche latisquama*), *coixí de monja* (*Erinacea anthyllis*), *barba de frare* (*Tragopogon pratensis*), *barba d'ermità* (*Nigella damascena*), *barba de caputxí* (*Usnea* (líquenes))²¹, y Séguy señala cómo muchos compuestos antiguos del tipo capucha, gorro, bastón, testículo, etc., se refieren a un monje o a un sacerdote²². Continuaciones de este tipo se encuentran también en español.

¹⁵ Frente a *oreja de liebre*, *lengua de cordero*, *pie de león*, *pata de cigüeña*, *diente de león*, *ojo de buey* sólo podemos oponer en español *oreja de monje*, como compuesto en el que la comparación se centre en el cuerpo humano. SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS, en su *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (Madrid, Turner, 1977), recogía bajo *oreja* la denominación *oreja de abad* para plantas.

¹⁶ Vid. SÉGUY, *ob. cit.*, págs. 275 ss.

¹⁷ GUIRAUD, *ob. cit.*, pág. 160. Vid. GERHARD ROHLFS, *Estudios sobre el léxico románico*, Madrid, Gredos, 1979, cap. III, pág. 46.

¹⁸ R. GARCÍA PELAYO y J. TESTAS, *Dictionnaire moderne français-spagnol*, s. v. *asaret*. Así recoge también *oreja de fraile* o *de hombre* para el ásaro (396). Es el *Asarum europaeum* L.

¹⁹ Vid. F. MASCLANS I GIRVÉS, *Els noms vulgars de les plantes a les terres catalanes*, Barcelona, 1954, pág. 17.

²⁰ SÉGUY, *ob. cit.*, pág. 275.

²¹ Vid. MASCLANS, *ob. cit.*, págs. 17-20. El *Evonymus europaeus* y el *Cotyledon umbilicus-Veneris* reciben el mismo nombre vulgar de *barret de capellà*.

²² Vid. SÉGUY, *ob. cit.*, pág. 275.

Lo considerado anteriormente explica la traducción árabe de la designación mozárabe y la encuadra en una tendencia general de origen muy antiguo. Sin embargo, no queda aclarada la sinonimia franco = sacerdote cristiano. Asíñ Palacios escribe debajo de *orilya de franco*: «El nombre *franco* deriva del fr. *frank*, latinizado en la Romania occidental, con el significado adjetivo de *libre, exento de tributos*, que debió sin duda identificarse, sustantivado, con *sacerdote, fraile, religioso*, por esta razón»²³.

Es cierto que *franco* se usó como 'libre, exento de tributos' y este significado procede del léxico jurídico, pero nunca en los textos medievales encontramos esa equiparación de 'libre' y 'sacerdote', quizá porque la libertad era algo que se presuponía en este caso. Lo que no conviene olvidar es que *franco* se empleó en la Península, a lo largo de la Edad Media, para designar al ultrapirenaico y al extranjero en general. Este uso está atestiguado en cientos de documentos pertenecientes a diversas colecciones diplomáticas y en distintos fueros²⁴, motivado por circunstancias políticas y sociales que provocaron el alud de pobladores ultrapirenaicos sobre la Península en los siglos XI al XIII²⁵.

Estos extranjeros, la gran mayoría de origen francés, recibieron el nombre de francos. G. Zurita, al narrar el asedio de Zaragoza, tras enumerar los caballeros que ayudaron a Alfonso I con «gente de guerra de las partes de Bearne y Gascuña», escribe: «Y según la costumbre de aquellos tiempos, a ellos y a la gente que traían, llamáronlos francos»²⁶. También Yanguas establece que «el nombre de *francos* era peculiar de ciertas gentes extranjeras» y «era la Francia, de donde yo presumo que vinieron, en principio, los francos a Navarra»²⁷. *Franco* era, en un primer momento, el étnico referido a las gentes procedentes de los actuales territorios franceses y, en particular, de la zona sur (actuales departamentos de Hautes-Pyrénées y Basses-Pyrénées)²⁸, que constituían la

²³ Asíñ, *ob. cit.*, pág. 205.

²⁴ Vid. M. ALVAR, *El dialecto riojano*, Madrid, Gredos, 1977, pág. 30, nota 78, donde recoge abundantes testimonios.

²⁵ Vid. M. DEFURNEAUX, *Les français en Espagne aux XI^e et XII^e siècles*, Paris, PUF, 1949, y también P. GARCÍA MOUTON, *Influencia francesa en España en los siglos XI al XIII* (tesis inédita), Universidad Complutense, 1979, de la que se ha publicado lo relativo a «Los franceses en Aragón (siglos XI-XIII)», en *AFA*, XXVI-XXVII, págs. 7-98.

²⁶ G. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, I, edición de A. UBIETO ARTETA y M.ª DESAMPARADOS PÉREZ SOLER, Valencia, 1967, pág. 171.

²⁷ J. YANUAS Y MIRANDA, *Diccionario de antigüedades del reino de Navarra*, Pamplona, 1964, págs. 338-339.

²⁸ Vid. los índices de procedencia de los repobladores ultrapirenaicos establecidos en la tesis de P. García Mouton citada anteriormente.

mayoría de los pobladores extranjeros; más tarde, perdió su significación específica para pasar a ser sinónimo de extranjero. Los mismos franceses lo utilizaron acompañando al nombre propio, como individualizador o apellido²⁹.

Hallamos, pues, un solo término con dos acepciones: *franco* es el hombre de origen francés, pero también el hombre libre³⁰. En la Península, todo hace suponer que el significado de 'exento de tributos' procede del trato privilegiado que estos extranjeros recibieron por parte de los reyes interesados en atraerlos, trato que en ocasiones estableció, en los fueros, una clara desigualdad entre nativos y francos, siempre a favor de estos últimos. Esta situación fue la que dio origen a la sinonimia libre = franco, extranjero, pues los términos *liber* o *ingenuus*, que se habían utilizado hasta fines del XI, no servían ya para designar a los nuevos hombres libres, y fue necesario acudir a «otro nuevo el cual, habiendo sido originariamente una denominación étnica, *francus*, pasó a designar un estado social sin perder, por otra parte, su antigua acepción en los Estados cristianos peninsulares»³¹. Los documentos de compraventa, los de cesión de bienes, etc., es decir, los más relacionados con el pueblo, llaman siempre «francos» a los franceses. Más tarde vendría la utilización de *franco* para 'libre', que se simultaneó con el sentido original. Pero, cuando los franceses dejaron de acudir a nuestras tierras, y los que había en ellas se asimilaron o se fueron, el primer sentido de *franco* se convirtió en un recuerdo que se fue borrando poco a poco.

Franco tiene, por tanto, dos significados en los siglos XI y XII. Con la desaparición o la hispanización de los extranjeros, su significado original se perdió; pero creo que es éste, 'francés > extranjero', el que nos aclara el nombre mozárabe de la siempreviva, y no, como piensa Asín, el de 'libre, exento de tributos'.

Queda, sin embargo, un último obstáculo: ¿qué nos hace suponer que *franco* significara también, como traduce el botánico, 'sacerdote cristiano'? Simplemente, el hecho de que muchos de los cabildos catedralicios peninsulares estuvieran, durante los siglos XI y XII, ocupados

²⁹ Algunos hijos de inmigrantes ultrapirenaicos lo recibieron como nombre propio, p. e. Franca, hija de J. de Limoges, doc. 535, *Colección diplomática de la Catedral de Huesca*, ed. de A. DURÁN GUDIOL, Zaragoza, 1965.

³⁰ J. M.^a LACARRA, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, C. S. I. C., III, 1, pág. 479.

³¹ J. M.^a RAMOS LOSCERTALES, «El derecho de los francos de Logroño en 1905», en *Berceo*, II, IV, 1947, págs. 350 ss. (ahora reimpresso en *AFA*, XXVIII-XXIX, páginas 283-312). Alvar piensa, con Ramos Loscertales, que «lo que fue un mero adjetivo de carácter étnico, *francus*, se convirtió en un estado social» (*ob. cit.*, pág. 30).

por sacerdotes y monjes franceses. Lo que se ha llamado alguna vez «colonización francesa» en la España medieval no se limitó a la venida masiva de colonos, artesanos y soldados. Junto a ellos aparece siempre el clero. La incorporación de los reinos peninsulares a Europa, la ayuda militar extranjera contra los musulmanes y, sobre todo, la popularidad y el esplendor que alcanza el Camino de Santiago a comienzos del siglo XII, se deben al llamamiento que los reyes de Navarra, Aragón y Castilla hacen a la orden de Cluny.

Los cluniacenses cambiaron el rumbo de la Iglesia peninsular, que se verá sometida a la política papal. El rito tradicional, mozárabe, será sustituido por el romano, primero en Aragón —San Juan de la Peña, 1071— y luego Castilla. En Aragón encontramos a Frotardo, monje de St.-Pons de Thomières enviado por el papa Gregorio VII, que desde 1077 se encarga de la reforma monástica. Durante más de un siglo, las principales sedes episcopales están en manos francesas³².

También en Castilla Alfonso VI encarga la reforma de sus monasterios a Roberto, enviado del abad Hugo de Cluny, sustituido después por Bernard de Sédirac, natural de La Sauvetat de Savères, en Agen, quien sería en 1085 obispo de Toledo. Bernardo, tras un conato de rebelión de los monjes toledanos, trajo de Francia «uarones buenos honestos et letrados, et aun mancebos que eran guisados para aprender todo bien»³³, de entre los que surgieron la mayoría de los obispos que ocuparon las sedes castellanas en el siglo XII³⁴.

³² En Pamplona, Pierre de Andouque, obispo desde 1032, se rodea de clérigos franceses: Aimón, Poncio de Santa Fe, Hugo de Conques, Guillermo de Narbona, Esteban de Cahors, Pedro de Limoges, etc., vid. J. GOÑI GAZTAMBIDE, «Los obispos de Pamplona del siglo XII», en *Anthologia Annuua*, 1965, 13, págs. 180-181. Coloca en la sede de Roda-Barbastro a Pons, también procedente de St.-Pons (1096-1104) y a Raimundo, antiguo prior de St.-Sernin de Toulouse (1104-1126). Después de su muerte, los obispos de Pamplona continuaron siendo franceses: Guillermo de Gasuña (1115-1122); Bibiano (1165-1166), también de Gasuña; Pedro de París (1167-1182); Esparago de la Barca (1212-1215), de Montpellier, y Guillermo de Santonge (1216-1219). Alfonso I el Batallador colocó en los obispados de Zaragoza y Tarazona a franceses del sur. De Zaragoza, ya antes de su conquista, era obispo Pedro de Librana, de origen bearnés, que había sido nombrado por el propio papa Gelasio I. En Tarazona estaba Miguel, monje de St.-Sernin de Toulouse, entre 1119 y 1151. Cfr. MANUEL ALVAR, «Historia y lingüística: 'colonización franca' en Aragón», en *Festschrift Walther von Wartburg*, Tübingen, 1968, págs. 129-150.

³³ *Primera Crónica General de España*, ed. de RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, Gredos, 1955, pág. 544.

³⁴ Giraldo, de Moissac, fue obispo de Braga; Pedro, de Béziers, obispo de Osma; Bernardo de Agen, obispo de Sigüenza; Pedro, de Agen, obispo de Segovia; un segundo Pedro de Agen, obispo de Palencia. Vid. L. SERRANO, *El Obispado de Burgos y Castilla primitiva*, Madrid, 1935, II, pág. 17. Además de éstos, Raimundo, de La Sauvetat, fue obispo de Osma y de Toledo; Jerónimo de Périgord lo fue en Valencia con el Cid, y después en Salamanca y Zamora. A su muerte, en 1120, lo

Ante esta situación, no parece extraño que el botánico mozárabe —y probablemente el pueblo— llevara a cabo la igualación *oreja de monje* = oreja de francés, de franco, si tenemos en cuenta el elevado número de eclesiásticos franceses. La traducción del botánico *orilya de franco* = '*uḏn al-qissīs* ['oreja de sacerdote cristiano'] está perfectamente adaptada a las circunstancias sociales de su época.

PILAR GARCÍA MOUTON

sustituye como obispo de Zamora Bernard de Périgord. Como vemos, estos obispos acogen en sus sedes a clérigos de su mismo origen, lo que llevó a una auténtica acaparación de cargos eclesiásticos por francos.